

Dos feministas
del siglo pasado:
Maruja Barrig y
Gina Vargas

Conversaciones con
Violeta Barrientos Silva



PESOPLUMA

Dos feministas del siglo pasado: Maruja Barrig y Gina Vargas
Conversaciones con Violeta Barrientos Silva

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito de la editorial. Reservados todos los derechos de esta edición para el mundo.

© Violeta Barrientos, 2021

© Pesopluma, 2021

1ª edición: octubre 2021

Serie Pensamiento

Tiraje: 500 ejemplares

Pilota: Paloma Reaño

Copiloto: Teo Pinzás

Tripulante: Solène Retourné

Imagen de portada: Recibiendo un nuevo siglo y un nuevo milenio en Cerro Azul, costa peruana. 1 de enero de 2000. Foto: Peter Waterman

Diagramación de interiores: James Hart

ISBN: 978-612-4416-26-2

Proyecto Editorial N° 31501202100533

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-07154

Editado por Pesopluma S.A.C.

Parque Francisco Graña N° 168, Magdalena del Mar, Lima – Perú

www.pesopluma.net | contacto@pesopluma.net

Impreso por Tarea Asociación Gráfica Educativa.

Psje. María Auxiliadora N° 156-164, Breña, Lima – Perú

Octubre de 2021

Índice

Introducción	007
La familia	029
Vida universitaria	041
De matrimonio y viajes fuera del país	051
Ser padre y madre	059
Solás, pero ¿libres?	067
Los trabajos y los días	073
Nace un movimiento	077
En busca de una política propia	087
Los años del miedo y las articulaciones feministas	097
Entre partidos y movimiento popular de mujeres	103
La institucionalidad	111
Los Encuentros	117
La era neoliberal	121
Las Conferencias Mundiales de la Mujer	129
Dictadores	139
Perspectivas: pasado, presente y futuro del movimiento	145
Desafíos	159
Publicaciones	171
Créditos fotográficos	187

El problema es que las mujeres no han dirigido la comunidad, han aportado con su trabajo y con su esfuerzo.

Para eso se ha creado la Federación de mujeres: para que, ahora, no solamente sean una masa de trabajo, como peonas, sino que aprendan a dirigir y a hacer propuestas alternativas al proyecto de nuestra comunidad

MARÍA ELENA MOYANO

El feminismo es una forma de vivir individualmente y de luchar colectivamente

SIMONE DE BEAUVOIR, *La mujer rota*

Gina y su familia.
Familia de origen de Maruja.



.....

La familia es un tópico que atañe a todo el mundo. Todas y todos venimos de una, en el seno de la cual se nos forma mental y corporalmente para ser futuras mujeres u hombres. Es, por excelencia, el espacio de reproducción social del género binario en nuestras sociedades occidentales. ¿Cómo fue la familia de origen y la infancia de las entrevistadas? ¿Sus modelos maternos y paternos? ¿Qué factores hicieron posibles sus inquietudes políticas y sociales en un país al que todavía no habían llegado las reformas necesarias para la integración y el desarrollo de toda su población?

La familia

Violeta Barrientos: Gina, Maruja, quiero empezar subrayando el momento en el que ustedes nacieron. En la segunda mitad del siglo xx, surgieron en Occidente algunas teorías filosóficas que conciben la existencia humana como encarnada en un cuerpo con características específicas (un sexo, un color de piel). Estoy hablando, por ejemplo, del existencialismo de Jean Paul Satre, y de la filosofía de Simone de Beauvoir en 1949, que es la fecha de publicación de *El Segundo sexo*. Este texto va a revelarnos cómo todas las mujeres, así como también los hombres, somos educadas, entrenadas, preparadas para actuar en uno u otro rol de género. La Declaración de Derechos Humanos de 1948 había puesto en marcha un estándar de derechos del «ser humano» que fue un punto de partida para que, en adelante, llegaran tantos movimientos sociales a reclamar lo suyo.

Por su parte, los períodos formativos de nuestras vidas son importantes pues develan el motivo de una rebeldía. La huella del padre, de la madre o tal vez la de allegados que indujeron a inclinaciones intelectuales y artísticas, a posiciones de pensamiento, cuentan mucho.

¿Cómo fueron sus familias y de qué forma influyeron en su hacerse mujeres y, posteriormente, en su actividad feminista?

Gina Vargas: Mis padres fueron muy amorosos, pero tradicionales en muchas cosas. Mi padre era militar; mi madre, ama de casa. Pero mi papá tenía una sensibilidad «mariateguista», porque era moqueguano y descubrió a José Carlos Mariátegui —que también era de allá— cuando estaba estudiando. Me dio mucho espacio para correr riesgos en la vida. Él era del Arma de Caballería y por eso yo estaba acostumbrada a los caballos desde chica: practiqué equitación, salto ecuestre... Era maravilloso. Fue lo más libre que hice por ese entonces, cuando tenía catorce años, hasta los diecisiete que entré en la universidad. Vivíamos en la Villa Militar. Éramos cuatro hermanos y aunque yo era la mejor de todos, mi hermano, por ser hombre, fue quien concursó en los eventos oficiales. Yo les ganaba también a los cadetes y a los alféreces, sin embargo, a él le dieron permiso para participar en un concurso público en el Hípico, que quedaba en la Avenida Salaverry, y a mí no.

Violeta Barrientos: La equitación es un deporte bastante acrobático e inusual en niñas porque lo primero que nos meten en la cabeza y en el cuerpo es el miedo.

Gina Vargas: Eso no iba conmigo. Yo había sido muy inquieta desde niña, era traviesa, osada, «marimacha», según mi madre, que era una mujer buena y generosa, pero tradicional. Por

ejemplo, cuando tenía siete años Superman era mi héroe, así que quise ser como él y me tiré de arriba de un armario: me rompí un brazo.

Mi abuelo era italiano, mi abuela de origen italiano, peruana en primera generación. Ellos viajaron a Génova, donde nació mi madre. Al mes de nacida volvieron a Tacna y se instalaron allí. Mi abuelo tenía una bodega grande, donde vendía de todo, además de pisco. Tenía una enorme chacra con muchísimos árboles donde yo podía trepar. Yo me acuerdo haber pisado uvas para el proceso del pisco, era muy divertido. Mi abuelo, recuerdo, tenía acento de «tano»; es decir, hablaba español con un marcado acento italiano. Ellos tuvieron catorce hijos e hijas.

Por el lado de mi padre, eran ocho hermanos. El padre de mi padre, el abuelo Daniel, era notario en Moquegua. Yo adoraba a la tía Esther, una de las hermanas mayores de mi papá. Mi padre decía que mi pelo crespo venía de una bisabuela negra y allí mi tía Esther se ponía furiosa, diciendo que mi papá quería desprestigiar a la familia. Pero la palabra de mi papá sin duda valía más, así que asumimos que teníamos una raigambre negra en la familia.

Más adelante, cuando mis padres vivían en Lima, dos hermanas jóvenes de mi mamá llegaron a Lima y se alojaron en la casa, una para estudiar asistencia social y la otra, pedagogía. Yo tenía nueve o diez años y veía a estas mujeres entrar y salir, risueñas, leyendo, contando de su vida universitaria, trayéndome libros, novelas de aventuras como *Tom Sawyer* y varias otras. Además, me llevaban a sus prácticas de preparación profesional. Con mi tía Olga visité los barrios populares. Por primera vez en mi vida vi esas casas pobres de dos cuartos y una cama grande para todos, sin agua. También me llevaba a

sus prácticas en la cárcel de mujeres de Chorrillos. Me acuerdo que al llegar al colegio después de las vacaciones, teníamos que hacer una composición sobre lo que habíamos hecho durante el verano, lo que más nos había gustado. Y yo conté lo de mis visitas a la cárcel. La Dirección llamó a mi mamá porque pensaron o que yo me lo había inventado, o que mi familia era tan loca que me dejaba suelta en cualquier sitio.

Hice mis estudios de primaria en un colegio de monjas, San José de Cluny. A mi padre luego lo derivaron, por trabajo, un año a Leavenworth, en Kansas. Allí estudié en un colegio mixto y vi, sin entender demasiado, la segregación racial, con asientos diferenciados en los buses y baños para gente negra y gente blanca. Terrible. Pero al mismo tiempo, recuerdo que una vez llevé al colegio algunas postales de Perú, de la sierra, de los campesinos y campesinas en la minka, y me acuerdo cómo me chocó que la profesora me preguntara si ellos, los indígenas de las postales, eran mis abuelos. Me sentí desconcertada y hasta humillada. Es decir, el racismo lo tenía impregnado, sin que me diera cuenta, a pesar de que aceptaba que tenía ancestros negros.

Luego ascendieron a mi papá a jefe en el cuartel de Chocope, un pueblo de solo tres calles que queda a una hora de Trujillo. Allí estuve dos años internada en el colegio La Inmaculada, de monjas. Ejercieron alguna influencia sobre mí, pero no mucha: si en algún momento pensé que sería bueno ser monja, apenas me enamoré de un alférez decidí que esa vocación no era la mía.

Lo que más recuerdo de esos años, es que, por primera vez, vi movilizaciones de obreros de las haciendas azucareras Casagrande, Roma, Cartavio. Desde mi casa, que quedaba en

la primera calle del pueblo, más de una vez vimos pasar cientos de campesinos, con ojotas, palos, llicllas de color plomo en la espalda, dirigiéndose a Trujillo a presentar sus reclamos. Verlos avanzar en una marcha que no terminaba nunca, fue una imagen muy potente. Fue mi primer contacto con el Perú explotado. Al regreso a Lima, me matricularon en un colegio inglés, San Jorge, absolutamente laico y con inglés de acento británico. Hice una formación en Letras, me aficioné por el arte y el teatro, y dirigí el periódico mural. En el último año obtuve el Primer Premio en los Juegos Florales, por una composición que escribí.

Del entorno de mis padres, reconozco algunos apoyos importantes. Mis tías, con su interesante vida estudiantil y en los últimos años de secundaria, Luzmila Macera, hermana de Pablo. Ella estaba casada con un militar, y vivía también en la Villa Militar de Chorrillos. Tener de vecina a Luzmila fue un regalo de las diosas; por un lado, alimentó mi ansia de lectura con sugerencias de libros clásicos, novelas muy buenas, y por otro lado, insistió en que yo tenía capacidad y debía ir a la universidad. Pablo también influyó con sus conversaciones y me dio la sensación de estar en un espacio de gente que tenía conocimientos, que era culta. Ese fue el impulso más determinante para pelear por entrar a la universidad. Mis padres no pensaban mandarme. Creían que yo debía seguir cursos de Corte y confección o Decoración de interiores.

Violeta Barrientos: Cuando decías familia tradicional, ¿te referías a eso?

Gina Vargas: Claro. Yo pedía: «¡Universidad, universidad!». Mi papá me dijo: «muy bien, te pago la preuniversitaria»,

pero mi mamá puso una condición: «siempre y cuando vayas a clases de charme en Helena Rubinstein en las tardes». Y entonces, durante tres meses estuve yendo en las mañanas a la academia preuniversitaria y en las tardes al Instituto Helena Rubinstein para aprender a caminar con libros en la cabeza, a fumar, a tomar el té con distinción... Después, poco me quedó de esa educación.

Violeta Barrientos: Y en tu caso Maruja, ¿cuál fue tu contexto familiar?

Maruja Barrig: Ahora que mencionas a las personas que influyeron en ti, Gina, pienso en mi tía Áurea. Ella era la esposa de un hermano de mi padre, y vivía a la vuelta de mi casa. Había sido bailarina de ballet en el grupo de Kaye MacKinnon y me enseñó algunos pasos. Cuando era chica me llevaba al Teatro Municipal a ver las presentaciones. Ella también me prestaba libros, recuerdo la biografía de Percy Shelley, y luego conversábamos sobre qué me había parecido. Me pregunto si en esta época de internet, de globalización de las comunicaciones, los viejos tienen gravitación en la orientación de los más jóvenes. Porque influye que alguien —como en tu caso, Gina, fue la señora Macera— te diga: «Creo que te podría interesar leer esto» o «Vámonos al Municipal a ver el ballet». Eso te abre a otros mundos y te das cuenta de que muchas cosas son posibles. ¿Hoy quién lo hace? ¿Las redes sociales? ¿Internet?

Gina Vargas: Es interesante pensar en nuestras distintas infancias. Mi papá me llevaba a Radio Nacional, para escuchar a Irma y Oswaldo y otros grupos criollos que se presentaban; para mí era espectacular.

Maruja Barrig: Yo vengo de una familia de políticos y de intelectuales izquierdosos. Mi padre fue militante del Partido Comunista y en algún momento, dicen, llegó a ser miembro del Comité Central. Aunque a mi mamá no le gustaba que él hablara de esas épocas, quizá porque durante su militancia había estado preso. Cuando era soltero, su grupo era con Alicia y Celia Bustamante, y José María Arguedas. Mi papá le decía el «Cholo Arguedas»; los mandaron al penal El Sexto juntos. Mirando hacia atrás, me doy cuenta de lo poco que sé de esos episodios de la vida de mi padre. Me apena muchísimo no haberle preguntado más cosas acerca de su tiempo de militante político; de vez en cuando soltaba cositas y mi mamá lo miraba como diciendo «cállate, Eduardo». Sospecho que mi madre resentía haber vivido a salto de mata, pues en los primeros años de matrimonio, mientras mi papá seguía en la militancia, ella trabajaba de profesora. Trabajó toda su vida, hasta que se jubiló. Era una época en que las señoras no trabajaban fuera de su casa; no estaba bien visto.

No tuve mucha relación con mi familia paterna. Mi abuelo era abogado y la familia, que vivía en Chorrillos, se mudó a Iquitos porque al abuelo lo habían nombrado magistrado en la Corte o algo así. Pero parece que en ese tiempo no había buenos colegios en Iquitos. Mi papá bromeaba recordando a una profesora francesa que su madre, que era hija de francés, había contratado. Lo único que recordaba es que la señorita le decía: «*Fermez la porte petit garcon*».

Mi padre y mi tío Alfredo, que era el mayor de los cinco hermanos, regresaron a Lima para estudiar la secundaria. Llegaron al colegio San Agustín y a la casa de Maximiliano Barriga, hermano de mi abuelo, que era un médico «higienista». Mema Mannarelli lo recuerda en su libro *Limpias y modernas* como

un médico de ideas de avanzada para los años veinte. Alfredo y Eduardo, mi padre, vivieron unos años con él y su familia, entraron a la universidad y después se independizaron.

Violeta Barrientos: A propósito de los idiomas y los extranjeros, ¿de dónde viene el apellido «Barrig»?

Maruja Barrig: Como me enseñó a decir una de mis sobrinas: de la notaría. En realidad, creo que los años de separación de Iquitos a Lima influyeron en debilitar el vínculo dentro de mi familia paterna, si alguna vez lo hubo. En los años cuarenta mi tío Alfredo se casó con una descendiente de japoneses, lo que hizo chirriar a mi abuela Angélica que era muy pretenciosa; con ella aprendí a comer el plátano con cuchillo y tenedor, con eso te digo todo. No aceptaron a la esposa de Alfredo y el rumor dice que lo desheredaron. Yo no sé si en esa época se podía desheredar a los hijos, pero la consecuencia de ese tremendo lío que se armó, fue que Alfredo y mi padre —creo que en solidaridad con su hermano mayor— decidieron cambiarse de apellido y transformaron el Barriga, en Barrig. Un apellido totalmente inventado.

Violeta Barrientos: ¿Y tu familia materna?

Maruja Barrig: Mi abuelo materno, Luis Enrique Galván, fue senador por Ayacucho un par de veces y estuvo en política, siempre. Mi hijo encontró en los archivos desclasificados de la CIA un documento del reglaje que le habían hecho al abuelo. En los años cincuenta hubo una oposición creciente a Esparza Zañartu, que fue ministro de Manuel Odría. Mandó a toda la oposición al Frontón; mi abuelo, que estaba en el Senado, pudo esconderse y no lo capturaron, pero la palabra

«soplón» la recuerdo desde chiquita porque en la familia se hablaba de eso todo el tiempo. Él era un educador y un indigenista que escribió algunas veces en Amauta. Tan indigenista que construyó su casa en Santa Beatriz con una fachada de chullpa, ventanas trapezoidales, una réplica de la estela de Chavín en el patio, en fin... La casa de mis abuelos era la excepción a todas las normas de decoración de los años cincuenta y sesenta. Sobre los sillones de la sala había tejidos artesanales de Cusco, los adornos eran retablos ayacuchanos antiguos, había huacos. Todo esto antes que Velasco. Quiero decir que antes que llegara la moda nacionalista del poncho y la wifala en los años setenta, yo tenía clarísimo que había un pasado del cual sentirme orgullosa. Desde chica viví por temporadas con mis abuelos; era pegadísima a mi abuelo Enrique. Todavía recuerdo mi deslumbramiento cuando me regaló mi primer libro, *Corazón*, de Edmundo de Amicis. Mi abuelo siempre estaba pasándome libros; también leía los de mi madre, que eran los que estaban de moda en los años cincuenta, Somerset Maugham, Stefan Zweig, no me acuerdo quién más, Malraux, quizá.

Estudié durante diez años en el colegio Raimondi, que en esos tiempos era de monjas. Pasé los cinco primeros años tratando de entender las órdenes del comportamiento que las monjas nos imponían, basadas en el miedo, y la lógica de un idioma que no era el mío, porque era un colegio bilingüe de español e italiano. Los otros cinco años, me hastié. El colegio me aburría profundamente. Me acuerdo que en tercero o cuarto de media llevaba novelas de Corín Tellado forradas en papel azul para poder leerlas como si fueran libros de texto, porque me aburría soberanamente.

Violeta Barrientos: Novelas con el estereotipo del amor romántico...

Maruja Barrig: A cada rato pedía permiso para ir al baño porque en realidad era una manera de pasearme por el colegio, que era muy lindo y tenía muchos jardines, patios y portales. Daba vueltas por allí, a la hora de clase. Cómo no me iba a aburrir si me pasaban cosas como, por ejemplo, en cuarto de media, la profesora de historia universal hablaba sobre los egipcios y su espíritu de grandeza al construir las pirámides, y yo levanté la mano, y como buena hija de comunista le dije: «Señorita, los faraones hicieron eso porque tenían un montón de esclavos a los que, además, mataban en el camino». Ella me contestó: «Barrig, si quiere contradecir al profesor, espere llegar a la universidad». Me quedé calladita. Por eso amé ingresar a la universidad.